

Gracias por la lección

Lo enterramos el miércoles pasado. Caminaba hoy, en la muerte, el camino que caminó en vida en centenares de ocasiones. Sólo que hoy era él quien quedaría en el camposanto. Sólo que hoy era él quien no diría las palabras de consuelo y esperanza: hoy él las estaría escuchando, no el cuerpo exánime en el ataúd sino el espíritu vigoroso residente ya de los aposentos de su Padre.

Dolió mucho su partida. No porque no supiéramos a dónde iba, sino porque quedaba vacante la humilde casa en Villa Navarra, silencioso el sillón en la marquesina; callada la vieja maquinilla que tantas palabras de amor y ternura imprimió enmudecida su voz ágil y poderosa; opacos sus ojos, que tanta miseria vieron y tanta riqueza alumbraron, no en cosas materiales, que nunca tuvo pues no sabía cargar dinero, sino en la riqueza que dona la mirada de advertencia, de compasión, de solidaridad, de la intensa luminosidad del reino soñado. Y desolado quedó el rincón de la sala, donde, como en un confesionario, ibamos a llevarle nuestro cansancio del alma, nuestra fe fracturada, nuestra amargura, nuestra confusión, nuestra esperanza, todos sus discípulos, todos los que veíamos en él la roca que podíamos agarrar en el naufragio del espíritu.

Casa humilde y sencilla esa, sin adornos - porque no había dinero para comprarlos - sólo una placa de lata repujada de Martín Lutero: una mano abierta, bronce, taladrada por un clavo y la fotografía redonda de una yunta de bueyes "jalando" el pensamiento impreso a maquinilla, que, para darle voz al "hermano buey", había Francisco de Asís.



**ENRIQUE
RODRIGUEZ
SANTIAGO**

Y afuera, el jardín, donde acostumbraba convocar todas las avecillas del vecindario para regalarles maicillo y azúcar, porque ellas también tenían que comer, porque, como en el verso del Rey hebreo, no podían trabajar y aún así el Señor proveía para su alimento. Y las manos de él no podían fallarle a la profesión del Señor.

Así fue la vida de este hombre magnífico que, en los momentos de mayor peligro, se enfrentó a todo con el valor pasmoso de un niño. Porque lo era, niño grande de Dios, niño bueno de Dios.

Sabría reír, este hombre. Y disfrutaba reír. Y hacer travesuras. Como la que le hizo a su generación cuando, a los 70 años, decidió que se haría Doctor en Filosofía y Letras y, agarrando a su mujer, cerró la casa, se fue a España, y durante dos años fue uno de

los mejores alumnos de la Universidad de Valencia. Y regresó con su doctorado. Tenía 72 años cuando lo logró.

Y 84 cuando, ciego y enfermo, decidió otra vez que todavía le quedaba un libro más por hacer y, echándose su voluntad al hombro, se sentó en su anciana maquinilla y con vidrios de aumento, empezó a escribir su libro. Ni la ceguera, ni los dolores, ni las dificultades le detuvieron. Y terminó su libro, que llamó, como su última oración, "Por los Caminos del Amor".

La casa editora que le publica sus obras quiso sacarlo antes de él morir. No se logró. Pero allí estará el libro, cuando sea, como el mayor tributo que puede hacerse a un hombre que, a pura fe, a puro amor, a pura confianza en Dios, hizo obra con su palabra y con sus manos. Y con el alma.

Por eso, como Samuel Silva en su expresión de duelo ante el féretro de don Miguel Limardo, podemos decir: "Aquí estamos, para expresarle a nuestro Señor Jesucristo nuestra pena..." Y el Señor Jesucristo, como acostumbra hacer, nos dirá: "No temas, el que cree en mí no morirá para siempre... Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie viene al Padre sino por Mí".

En el regreso de su entierro recordé la vez que me dijo: "La inteligencia del hombre no da para entender qué es lo que nos aguarda más allá de la muerte. Pero esto no me preocupa. Yo firmé un trato con el Señor y El respeta los compromisos. Y donde sea que yo vaya, allí estará El. Y eso es suficiente."

Gracias, viejo, por la lección. Ojalá que no la olvidemos.